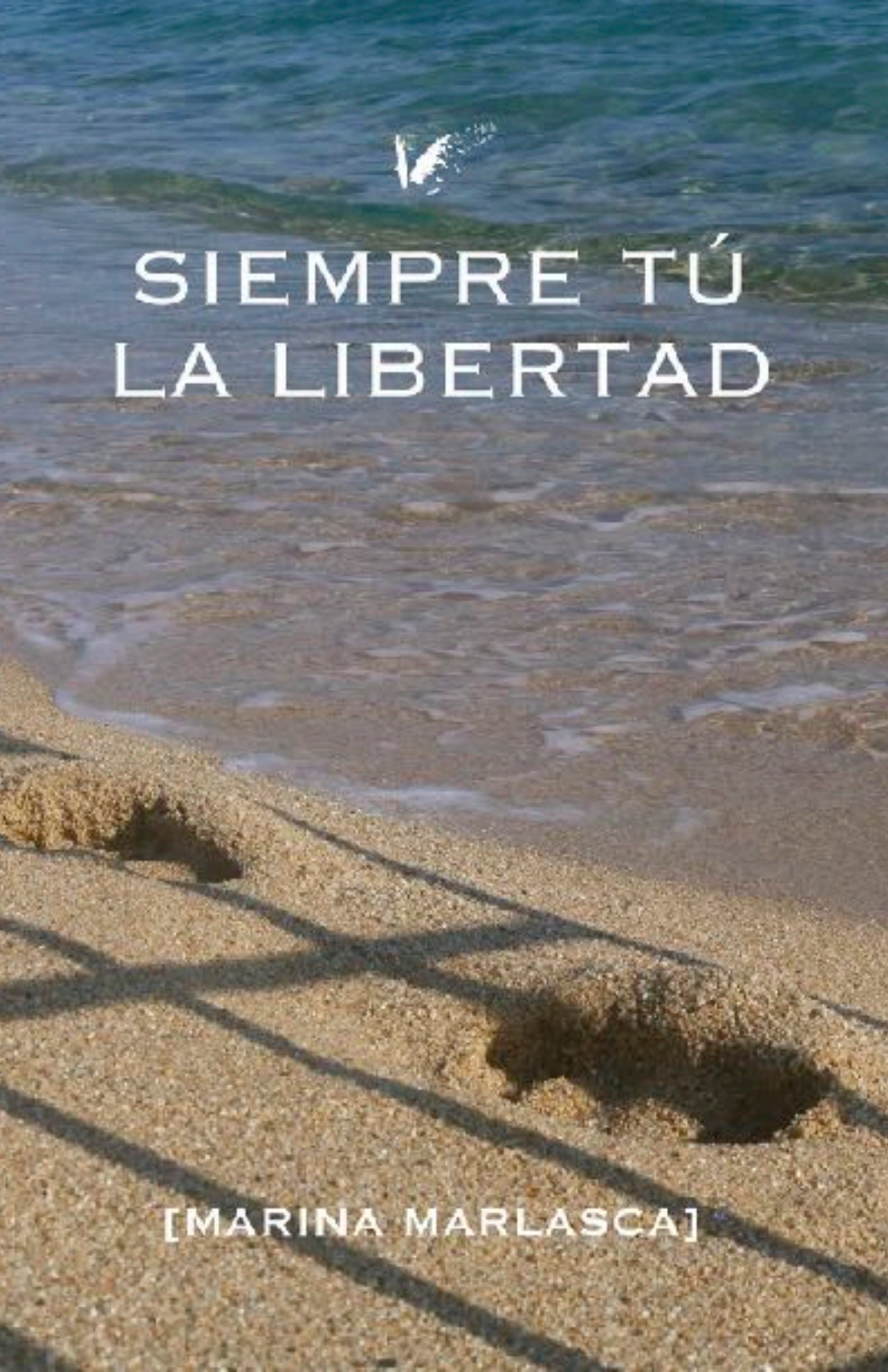
SIEMPRE TÚ
LA LIBERTAD
[MARINA MARLASCA]

Marina Marlasca

Siempre tú. La libertad

Primera edición: enero de 2023
© Copyright de la obra: Marina Marlasca Hernández

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-126062-3-2
Código ISBN digital: 978-84-126062-4-9

Depósito legal: B 19497-2022
Corrección: Anna Alberola
Maquetación: Celia Valero
Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortuneditions.com

Derechos reservados para todos los países
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

A Joan Antoni,

quien siempre me acompaña con amor.

Más allá de la noche que me cubre
negra como el abismo insondable,
doy gracias a los dioses que pudieran existir
por mi alma invicta.

(Fragmento del poema «Invictus», de William Ernest Henley)

Los lugares que aparecen en la novela son, en su mayoría, espacios imaginados y no se corresponden con la realidad, al igual que los personajes.

El baile del títere

Aquel último viernes de agosto marcaba el inicio de la Fiesta Mayor de San Antonio. Las calles engalanadas con banderolas la pregonaban a los cuatro vientos. Algunos vecinos habían adornado sus portales y balcones, llenándolos de flores. Del campanario de la iglesia colgaba una gran bandera. Algunas paradas de artesanos formaban corro en la Plaza Mayor y de los balcones de la Casa Consistorial colgaban unos estandartes con el escudo del pueblo. Había programada una gran cantidad de actos y actividades. En algunos de ellos se pretendía dar a conocer los humedales. La tranquilidad habitual del pueblo se rompió para dar paso a una gran maraña de personas que paseaban por las calles. Eran vecinos del pueblo y de los alrededores y, sobre todo, turistas que venían interesados por el evento y con muchas ganas de juerga. Las tiendas habían ampliado su horario habitual con la pretensión de hacer caja durante aquellos días. La decoración del festejo ocultaba y encubría algunas de las pancartas que habíamos distribuido por el pueblo en señal de protesta contra la construcción de una urbanización justo al lado de los humedales. Previamente, yo había tenido una conversación difícil con el promotor, Eusebio Puig Domènech, en la que me dejó muy claro que no pensaba realizar ningún cambio en el proyecto para preservar el ecosistema de la

zona. Ona, su hija y mi novia, apoyaba a su padre en el proyecto y se enfadó cuando supo que yo había ido a hablar con él. Pero cuando se enfureció de verdad fue un día antes de la Fiesta Mayor, en el bar La Terracita. Habíamos hecho el amor por primera vez la noche anterior y discutimos porque ella pretendía usarlo como moneda de cambio para que dejara de oponerme al proyecto de su padre. Me hirió profundamente que utilizara mis sentimientos hacia ella para presionarme. Cuando comprendió que no conseguiría su propósito, empleó su verborrea para hablar mal de mí delante de los parroquianos. Tergiversó parte de mi pasado, el más conflictivo, para conseguir desprestigiarme ante ellos. Herido en lo más profundo de mi ser, salió mi parte más oscura. Sabía que sentía pánico cuando se veía acorralada. Así que, antes de dejarla, la arrinconé contra la pared y, mientras me miraba aterrorizada, le dije lo que pensaba de ella.

Al día siguiente, todo el pueblo conocía su versión, exagerada y distorsionada, de mi pasado. Mi reputación estaba por los suelos y mucha gente que conocía ahora ni siquiera me saludaba. Tenía a mi favor a algunos vecinos del pueblo, que eran básicamente los que sufrirían las consecuencias en sus campos de cultivo por la sobreexplotación de la riera si el proyecto seguía adelante. Contaba también con el apoyo de algunas personas con conciencia ecológica. La mayoría de ellos, sin embargo, no eran del pueblo. Además, tenía el soporte de una intelectual como Mar

Massaneda, la artista local con más prestigio y mi mejor amiga. Ella me ayudó cuando llegué a Ibiza por primera vez y seguía haciéndolo.

Puig Domènech tenía a su favor al resto del pueblo, mucho más numeroso. También al consistorio en pleno y, como descubriría más tarde, contaba con el apoyo incondicional de algunos miembros del cuerpo de policía. Además de contar con la ayuda inestimable de su hija.

Tras nuestro enfrentamiento la tarde anterior, no me encontraba bien. Yo sentía que tenía razón. Ella se había empeñado en defender la postura de su padre y había confundido las cosas, en una especie de obsesión por la lealtad familiar. Aunque nuestros modos de pensar y nuestros posicionamientos eran cada vez más opuestos y habíamos llegado a enfrentarnos abiertamente, estaba enamorado de ella y no podía luchar contra ese sentimiento. Pasé todo el día como un sonámbulo. No me presenté en casa de Mar por la mañana para preparar el material de las actividades que habíamos organizado y, al faenar con Bartomeu, no acerté a hacer nada correctamente. Pisé algunas tomateras sin darme cuenta, me olvidé de cerrar el riego cuando tocaba y aboné dos veces las judías. Para colmo de males, se me escaparon dos lechones de las pocilgas de Tomás mientras intentaba arreglar la valla. Tardé un buen rato en encerrarlos de nuevo.

Quería hablar con ella, disculparme por la dureza de mis palabras, explicarle que estaba muy herido… Decirle cómo la quería. No sé, necesitaba hacer algo para arreglar nuestra situación. Sentía que la había perdido y esa idea me ponía enfermo y hacía que perdiera el mundo de vista. Decidí que iría a encontrarla al baile esa misma noche para hablar con ella.

Por la noche no pude cenar nada, porque con los nervios se me cerró el estómago. No sabía qué hacer mientras esperaba que llegara la hora. Me cambié tres veces de camisa porque no acababa de encontrar la indumentaria adecuada, cuando nunca antes me había preocupado por esas cosas. Me imaginé mil versiones diferentes de cómo la encontraría, qué le diría, cómo actuaría yo, cómo se lo tomaría ella. Evidentemente, siempre te descuidas de imaginar la versión que finalmente sucede.

A las diez menos cuarto salí de casa, cansado de mirar el reloj. Cogí la bici. No llevaba luces, pero conocía el camino de memoria. Además, era una noche serena y la luna, casi llena, reflectaba mucha claridad. Cuando estaba llegando al pueblo y se veían las primeras calles iluminadas, alguien me saltó encima. Debía de estar escondido tras algún árbol, en el margen del camino. Caí al suelo enredado con la bici, sin entender lo que pasaba. Y allí, tendido en el suelo, cuatro manos fornidas me inmovilizaron y alguien me puso algo en la cabeza para taparme los ojos. No tuve tiempo de defenderme ni de decir nada; recibí

varios golpes estratégicamente dados allí donde más duele, que me dejaron aturdido y sin ánimo de defenderme. Mientras intentaba recuperar la respiración noté un pinchazo en el brazo y un calor se extendió por todo el cuerpo. Un golpe fuerte en la cabeza me hizo perder el mundo de vista. Bueno, de hecho, ya hacía un rato que no veía nada.

Los lametones de Pincho me despertaron. Enseguida supe que estaba drogado. El mundo se movía de una manera peculiar y me costó un gran esfuerzo ponerme de pie. Una sensación de angustia se apoderó de mí. Decidí volver a casa para lavarme y espabilarme como fuera. No podía presentarme al baile drogado, tambaleándome y lleno de golpes. Arrastrando la bicicleta con la rueda torcida fui siguiendo al perro, que me hizo de guía. Cuando ya estaba en la explanada de la balma, escuché la sirena de un coche de policía que se aproximaba. Aquello no me gustó. Si los policías me encontraban drogado, seguramente no tendría ocasión de hablar con Ona. Fue una reacción instintiva. Tuve el tiempo justo de huir hacia el otro lado del camino y esconderme tras unos arbustos antes de que llegara el coche patrulla. Desde mi escondite pude ver cómo dos agentes de policía salían del coche y entraban en mi casa buscando a alguien. Me buscaban. No sabía por qué, pero no importaba. No dejaría que me cogieran sin hablar antes con ella. Pincho, que se había quedado en la puerta ladrando, de repente dejó de hacerlo y vino directo hacia mí. El agente que

estaba más cerca lo siguió, supongo que guiado por una intuición. Pocos segundos después me descubrió y me dio el alto.

Corrí campo a través y de cualquier manera hacia el pueblo, protegido por la vegetación. De vez en cuando tropezaba y caía al suelo. La urgencia de hablar con Ona me ayudaba a levantarme de nuevo y retomar la marcha. En una de estas caídas, algo que llevaba en el bolsillo del pantalón me hizo daño en la pierna. Al sacarlo, me sorprendí al ver que era la navaja. No recordaba haberla cogido. Aparte de Pincho, que me seguía sin parar de ladrar, había alguien más que corría tras de mí. Con una linterna iba enfocando aquí y allá mientras se acercaba, guiado por los ladridos. Era uno de los policías. El otro conducía el coche por el camino que iba dirección al pueblo, con las sirenas encendidas. Cuando estuvo a mi altura paró en seco. Supuse que el agente que me seguía iba informando de dónde estábamos. Intenté espantar a Pincho tirándole piedras. Una de ellas debió de golpearlo, porque aulló de dolor y se alejó corriendo. El conductor bajó del coche y enfocó su linterna hacia mí. Sabía que pronto me atraparían. Continuar campo a través era imposible, ya que en ese punto comenzaba un pequeño acantilado. Desesperado, me acerqué sigilosamente al camino. Llegué a estar a dos metros del coche de policía. La puerta del conductor estaba abierta. Los focos iluminaban el camino y también al agente que me buscaba desde el camino, que estaba unos metros más allá. Me introduje en el coche.

El policía debió de oír algo y dio el alto, pero los focos le deslumbraban y parecía no saber dónde ubicarme. Cuando quiso darse cuenta, yo ya había arrancado y únicamente le dio tiempo a apartarse.

Conduje como pude hasta una calle cercana a la Plaza Mayor, que estaba ocupada por personas de todas las edades y condiciones, reunidas allí para charlar y bailar. Desde un extremo de la plaza intenté identificar entre tanta gente a la única persona que me interesaba. Después de unos minutos de búsqueda infructuosa y desesperación, la encontré. Estaba en la barra de bar que se había dispuesto para la ocasión en el extremo opuesto de la plaza. Hablaba con David, el hijo de la alcaldesa. Justo en ese momento, el grupo que estaba tocando empezó a interpretar *Boig per tu*, de Sau. ¡Mira qué casualidad! Mientras el grupo interpretaba la canción, intenté abrirme paso entre la multitud. Al principio me costó, pero, después, las personas que iba encontrando en mi camino enmudecían al verme y se apartaban. Avanzaba sin necesidad de esforzarme. Era consciente de que me tambaleaba y de que mi aspecto debía de ser desastroso, pero no acababa de entender esa reacción de rechazo. Ella estaba de espaldas. Aun así, se la veía exultante. Cuando llegué a donde estaba, le cogí la mano y tiré de ella.

—Ven —dije.

Se giró y, al verme, sentí cómo se tensaba de arriba abajo. David se quedó mudo y no reaccionó.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —añadí—. Solo quiero hablar contigo. Será un momento.

—Mira cómo vas. ¡¿Qué has hecho?! ¿Por qué vas manchado de sangre?

Entonces me miré y comprendí por qué la gente se apartaba de mí. En ese momento ella intentó soltarse, pero la agarré con la otra mano. Sentí que estaba haciendo cosas de las que luego me arrepentiría, pero el estado en el que me encontraba hacía que me dejara llevar más por los instintos que por la cordura. La acerqué a mí con fuerza y le hice bailar aquella canción que tan bien expresaba mis sentimientos. Las personas más cercanas, que en un principio se habían mantenido al margen, ahora parecían preparadas para lanzarse sobre mí y separarnos. En un intento desesperado por pararlos, metí la mano en el bolsillo y la levanté mostrando la navaja. Los instintos, la pasión y la desesperación me desbordaban. No me gustaba lo que estaba haciendo, pero quería prolongar ese instante con ella. Los músicos dejaron de tocar al darse cuenta de que pasaba algo. Se hizo un silencio significativo.

Mientras mantenía la mano alzada con la navaja, acerqué a Ona a mi cuerpo aún más y me llené de su aroma. La acariciaba con la mejilla mientras le cantaba suavemente al oído:

—*Servil i acabat... boig per tu...*

Ella temblaba como una hoja entre mis brazos. El dolor de sentirla de esa manera dobló mi voluntad. La besé dulcemente en la frente y me separé; dejé caer la navaja al suelo, consciente de que todo había terminado.

—¡Te quiero! —le dije.

Unos golpes me dejaron otra vez a oscuras. Cuando desperté, estaba en una cama de hospital con heridas en la cabeza y custodiado por dos policías. Sentí que vivía un *déjà vu* de regusto amargo. Me recordó el día que desperté en el hospital después de haber sufrido la sobredosis. Me hicieron saber que estaba acusado formalmente de tenencia de estupefacientes, de intento de agresión a Ona y de haber agredido con una navaja a su padre.

Acerca de la autora

Después del éxito alcanzado con su primera novela, «Siempre tú. El despertar», Marina Marlasca Hernández (Sabadell, 1963) regresa al mundo literario con la segunda entrega de una trilogía que atrapó el corazón de sus muchos lectores.

Tras escribir una primera historia dedicada a su hijo, ahora presenta la segunda historia de la trilogía, «Siempre tú. La libertad», en la que el lector disfrutará de una trama irresistible, mientras reflexiona sobre temas como la familia, las relaciones de pareja y el medioambiente; todo ello bañado por las aguas del Mediterráneo.